

EN CASA DE LA ORQUÍDEA

POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Mme. Groult—no se puede decir la señora Groult—se me presentó hace años como la orquídea extraña, mujer especial de la especie francesa, pero con un tipo único dentro de la especie. El hecho de que Mme. Laurencin la hubiese escogido como su amiga predilecta hacía pensar más en que la orquídea era verdadera.

La orquídea rubia se ha presentado siempre á mis ojos luciendo los trajes más originales, las joyas más personales y con una belleza erisipelada, rara y orquideal. María Laurencin, como la mariposa de esta flor, siempre andaba á su alrededor, contemplando el rango principesco de la gran decoradora. Así la pintora excepcional de las feminidades, que es María, ha buscado en el refugio de Mme. Groult el refinamiento, la constante preocupación de la novedad, el ambiente real, que después ella, la Laurencin, estilizaba y arrancaba al bajo mundo de las realizaciones prácticas.

La orquídea rubia siempre se ha guarecido en casas de cristal, en misteriosas grutas de buen gusto, sabiendo desprenderse de los decorados más modernos pasado el año de su implantación.

Nada que varíe más que la casa de Mme. Groult. Parece que nunca está en el mismo barrio, ni en el mismo París, y no digo que tampoco en el mismo mundo, por no adquirir un puntillo de exagerado.

Las tarjetas que entrega Mme. Groult de su casa no sirven para volver á ella. En vano se apuntarán sus señas en sitio preferente del album de señas, dándole un sitio en la A, aunque, por su apellido, pertenezca á la G. No volveremos á encontrar aquella casa ni dónde estaba ni cómo fué. Parece que los carros de mudanza nunca trasladaron los muebles de Mme. Groult de un lado á otro. A cada nueva casa fueron esos muebles nuevos que marchan desde las tiendas ó talleres á casa de su nuevo dueño, como individualidades sobre piernas humanas, como por su propio pie.

A sus más íntimos les enseña Mme. Groult, la soberbia orquídea rubia de la Francia, las fotografías de sus antiguas residencias, sus casas de habitaciones con escalones, con chaffanes raros y empalizadas ó puertecillas como las del paso de nivel, que separan unas habitaciones de otras, y en una misma habitación á veces separan el estrado del gabinete, ó la intimidad del sitio para el público de las visitas. Así renueva su arte Mme. Groult, que de ese modo nunca será anticuada, y en las decoraciones en que intervenga siempre pondrá la nota efímera, pero magnífica, de lo nuevo, de lo original, de lo refrescante. Yo he estado hace poco en su nueva casa y bajo su nuevo decorado. La orquídea, con un turbante de perlas y un traje talar de su invención, presidía su tertulia.

—¿Oporto ó té?—preguntaba una elegante y bella oficiante, la amiga que se sacrifica y que es asaetada por las sonrisas de oro de la dueña, una clase de amiga que se parece á la que toca los vals en los bailes caseros.

El esposo de Mme. Groult guardaba su espalda, en pie, con la mano en el respaldo de su asiento, como si compusiese así la fotografía del matrimonio que todos parecíamos sacar con nuestros kodaes, observando mucho las figuras en el cristalito de aguas negras del enfocador. Cerca del esposo, Charles Martin, el que había pintado las fiestas claras de las paredes, sonreía á lo que escuchaba, delicado, silencioso, sombra en pie de un trabajador como si fuese su guardia la del hombre cansado y afligido por la constante búsqueda, por la ansiosa imaginación. Se habló, se cumplió con el día á la semana, que la orquídea cambia todas las semanas para que no vuelvan los mismos; salió la niña pequeña de Mme. Groult con el traje que era invención del día, un traje de cola para niña, y todos dimos la mano á la minúscula damisela, como muñeca de aquellas que se movían con música por en medio de las habitaciones.

Y después vi la nueva casa con el nuevo decorado, la casa de este año, la casa con un plazo que quizá expirará en la próxima Primavera, ó á lo más tirar durará hasta el Otoño. El nuevo decorado de Mme. Groult tiene el blasón del año que corre. Resumen sus muebles, sus cortinas, sus porcelanas la evolución del año, sus exposiciones, sus implantaciones, hasta sus reivindicaciones. El espejo de marco novísimo que hay sobre el ábaco de una chimenea tiene el cristal límpido del tiempo reciente, y se ve que está casi inédito de imágenes. Un ánfora tiene forma nunca vista, cuando parecía que ya estaban inventadas todas las ánforas. Un ramo de flores de papel de seda da aire de feria y de ermita de pueblo á toda la casa, feria y ermita alegres.

Los muñecos, en que es maestra Mme. Groult, muñecos flácidos y suicidados, á los que ella dota de un desmayo especial de pierrots muertos, no eran los que siempre había yo visto sobre los sillones de la orquídea, sino otros, más teratológicos que nunca y en los que estaba logrado el que no tuviesen ningún rasgo común con los muñecos de bazar ó esos de trapo que irrumpen ya hasta en los escaparates de las funerarias. Hacer un muñeco de seda nunca visto es como inventar un ser nuevo en la Creación; tiene un mérito creacionista extraordinario, al que sólo puede aspirar la orquídea, por eso de que es orquídea ó sea la flor impar, que puede ser inesperada de forma y sin semejanza con sus congéneres.

¿Serán los mismos muñecos y los mismos muebles los que yo vea en casa de Mme. Groult cuando vuelva á París?

No. Probablemente no, aunque los frescos de Charles Martin tendrán que salvarse á la renovación, pues tienen la elegancia que permanece, la elegancia ensamblada que se ve en los pintores elegantes del siglo XVIII, la elegancia rústica y pintoresca permanente en Francia y la elegancia mundana del siglo XX.



El salón de Madame Groult



Un detalle del salón de Madame Groult



La original alcoba de Madame Groult